IV Domingo durante el año
1-II-2009

Textos:
Deut.: 18, 15-20
I Cor.: 7, 32-35
Mc.: 1, 21-28

"¿Qué es esto? ¡Enseña de una manera nueva, llena de autoridad!" (Mc. 1, 21-28)

La radicalidad en el seguimiento de Jesús que san Pablo nos plantea en la segunda lectura, supone respondernos dos preguntas sobre nuestra vida religiosa, de la que el Evangelio nos habla hoy: ¡Quién es realmente Jesús? ¿Qué hizo por nosotros?

Estas preguntas quedan sintetizadas en las que hacen los personajes del relato evangélico: ¿Qué es esto? ¿Quién es éste?; esto nos coloca en el corazón del evangelio. Se puede decir que la historia que en él se nos narra está tejida alrededor de esta cuestión: la identificación de la realidad de Jesús.

A lo largo de los evangelios, se van desgranando las preguntas y respuestas sobre Jesús: "¿Quién es Jesús?"; "¿No es éste el hijo del carpintero?" (Mt. 13, 55); "¿No es acaso el hijo de María?" (Mc. 6).

A estas preguntas se le agregan las respuestas: Juan en el Jordán exclama: "¡He aquí el Cordero de Dios!" (Jn. 1, 29). Andrés le dice a Pedro: "Hemos hallado al Mesías (Jn. 1, 41); y el mismo Pedro confesará la verdad sobre Cristo al afirmar: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt. 16, 13-16).

Hermanos, si nosotros preguntásemos al hombre de nuestro tiempo, ¿quién creen que es Cristo?; "algunos, muchos, no responden, -dice Pablo VI- no saben que decir. Existe una nube, ésta sí es opaca y agobiante, de ignorancia que oprime muchos entendimientos. Se tiene un conocimiento vago de Cristo, no se le conoce bien; más aún, se intenta rechazarlo. Hasta el punto de que el ofrecimiento del Señor de querer ser para todos guía y maestro se le responde con que no se tiene necesidad de él, y se prefiere mantenerlo lejos".

Esta secularización, este laicismo, a veces llega hasta las puertas de nuestras iglesias.

Ante este síntoma claro de cultura secularizada, nosotros debemos respondernos, con san Ambrosio: "Omnia nobis Christus". Cristo es todo para nosotros. "Si tu quieres curar tus heridas, él es el médico; si estás ardiendo de fiebre, él es fuente refrescante; si estás oprimido por la inequidad, él es justicia; si tienes necesidad de ayuda, él es vigor; si temes la muerte, él es la vida; si deseas el cielo, él es el camino; si huyes de las tinieblas, él es la luz; si buscas comida, él es el alimento ("De virginitate, 16, 99).

Nosotros, cristianos, le decimos a este mundo, que Cristo nos es necesario porque -como escribía Pablo VI, cuando era arzobispo de Milán- "Cristo es indispensable para nuestra relación con Dios. Y puesto que de nuestra relación con Dios depende nuestra salvación eterna, depende nuestro quicio sobre la dignidad,

sobre el destino de la vida y sobre la fraternidad del mundo, entonces Cristo es la clave de todo el sistema de pensamiento y de vida que en él se inspira" (Carta pastoral para la Cuaresma de 1955).

El segundo aspecto de nuestra vida de discípulos de Cristo, nos recuerda que debemos confesarlo no sólo de palabra sino también con las obras.

El apóstol Santiago, hablando de la fe y las obras, contra los que pensaban que les bastaba la fe y no querrían hacer obras buenas, dijo: "Tú crees que hay un solo Dios, y haces bien. Los demonios también creen y sin embargo tiemblan" (Sant. 2, 19). Recordemos que Pedro confesó: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt. 16, 16) y los demonios lo confiesan diciendo: "Ya sé quien eres: el Santo de Dios" (Mc. 1, 24). En torno a estos textos, san Agustín nos dice que, "mientras que Pedro fue alabado, el demonio fue expulsado. Decían lo mismo, pero obraban diferente. ¿En qué se diferencian estas dos confesiones? Se alaba el amor, y se reprocha el temor" (Serm. 183, 9. 13).

Finalmente si bien los demonios lo reconocen, le decían: "¿Qué tenemos que ver nosotros contigo?". Pedro, en cambio, le dijo: "Iré contigo hasta la muerte" (Lc. 22, 33).

Jesús al proclamar bienaventurado a Pedro, rechazó y expulsó a los demonios, porque no se quedó en el sonido de sus palabras, sino que vio los sentimientos de su corazón (cof. San Agustín) (Serm. 90, 8).

Hermanos, tengamos fe con amor, ya que no podemos tener amor sin fe (cof. san Agustín id.).

Pidamos al buen Dios, que Jesús, mensajero de la Palabra del Padre, nos haga cada día más concientes de su ministerio de salvación, y que podamos confesarlo con palabras y con obras.

Amén.

G. in D.